

nuestra angustia cuando Rousseau se presentó finalmente en la cresta del promontorio, un tiro y luego otro tiro, nos dieron la señal convenida y que anunciaba una desgracia; pero, ¿cuál era? Algunos segundos después dos telegos, lanzados al galope, se llevaban al médico y algunas otras personas hacia el sitio fatal.

El acontecimiento, loado sea Dios, no tenía la gravedad que habíamos temido. M. Huot, estenuado de fatiga por sus intrépidos y diarios trabajos, no pudo remontar el promontorio: dos veces le faltaron las fuerzas hasta hacerle perder el conocimiento; mas por dicha el enérgico Raffet había encontrado á su camarada á tiempo de prestarle auxilios. Bien pronto el enfermo recobró algunas fuerzas en un baño de mar, mientras que los gritos de alarma del artista herian en vano las rocas, sin llegar hasta nosotros á causa de la inmensa distancia que nos separaba. Entonces comenzaron penosas tentativas, interrumpidas con nuevos desfallecimientos, y aun era menester vaciar los bolsillos del enfermo, que no llevaba menos de cien libras de piedras que habia trasportado hasta allí con una inesplicable energía. Libre de este incómodo peso que no hubiera sacrificado por cosa alguna, sin embargo de que le agobiaba, nuestro geólogo alcanzó

al fin la plataforma en donde pudo recibir socorros, y lo trasportamos pausadamente á Balaklava en una camilla de yerbas secas arreglada en un duro telego.

Entre S. Jorge y Balaklava, el camino sigue las sinuosidades del terreno hasta el lindo pueblo de Kadikui, habitado por griegos. Entonces se presenta el valle de Balaklava cubierto de jardines y ricos huertos, y se inclina al Sur. Se va bajando hasta los bordes de una hoya natural entre dos imponentes colinas; y en la que se precipita el mar por una angosta entrada: eso es el puerto de Balaklava que puede ofrecer un lugar seguro á muchos buques. Cuando está uno en medio del puerto podría uno tomarlo por un lago, merced á lo oculta que se halla la entrada por la disposicion de las montañas. La primera mirada á ese sitio extraño y salvaje revela que es excelente para refugio de contrabandistas y nido de piratas; mas la policía despliega una actividad y vigilancia especiales en ese sitio, tan capaz de tentar á los aventureros marítimos. Hasta poco há no podia entrar en esas aguas buque alguno: pero esa prohibicion absoluta ha sido modificada recientemente por el conde de Woronzoff, que esceptúa de ella á los buques en caso de riesgo. En efecto, hubiera sido muy inhumano condenar á perecer en la costa de hierro de la ba-

hía exterior á los infelices cuya vida podia salvar un abrigo tan próximo y seguro. Hoy solo entran en Balaklava algunos pescadores que cargados con su abundante pesca vuelven por la noche á ponerse bajo la proteccion de esas altas montañas.

Esta pequeña ciudad, condenada de tal modo á la ociosidad y falta de comercio, se dedica á la agricultura que á duras penas produce para su consumo, de suerte que á despecho de su situacion marítima no mereceria casi figurar en el mapa si no fuese el cuartel general del cuerpo de los Arnuts. Grande ha sido su decaimiento. En la antigüedad era conocida con el nombre de Simbolon ó Címbalo: Strabon la cita como una dependencia del Quersoneso, y sin detenerse en las dificultades de la ejecucion, el ilustre geógrafo supone que en otro tiempo una muralla unia el puerto de Simbolon con el del grande Quersoneso. Esa muralla debia ser prodigiosa, ya la suponga el autor levantada en tierra, ya sobre el fondo de las aguas. Lo cierto es que esa obra natural fué descubierta y aprovechada por los griegos. Mas tarde los genoveses, que no dejaban puntos desocupados, se apoderaron de esa ensenada; en el monte que forma la entrada por el Este, levantaron una vasta fortaleza, cuyas ruinas aun subsisten, y quizás de esa época data el actual

nombre de la ciudad que segun dicen está formado de *Bella chiave*. Ciertamente que muchos etimológicos reclaman para ese nombre un origen távaro y quieren que proceda de *Baluch* que significa cárcel; mas el nombre de ruinas que no son sino ruinas importa poco. Balaklava se compone de un grupo de casas bastante maltratadas, y de un recinto mal defendido por murallas medio caídas, de suerte que en esa pequeña colonia de arnuts, solo hay una calle principal con tiendas desiertas, una iglesia, y la residencia del comandante del batallon griego. El buen Miguel nos aguardaba cerca de la ciudad, bastante inquieto por nuestra tardanza. Habíase puesto su grande uniforme, limpio como el de un oficial de la guardia, segun solia hacerlo siempre que nos deteníamos en algun punto. El mayor Katschoni, jefe del cuerpo de los arnuts, le concedió en virtud de las recomendaciones que traíamos, alojamiento militar en casa de una pobre mujer vieja y viuda, que nos cedió el cuarto único que tenia, y una cocina cuyos hornillos estaban fríos despues de mucho tiempo. Instalados apenas nos visitaron los oficiales empleados en ese pueblo, ofreciéndonos sus servicios con cordial empeño. Cuando al cabo de algunas horas de reposo nos tranquilizamos con respecto á la indisposicion de M. Huot,

un criado que nos acompañaba y era muy útil como intérprete, fué atacado por una calentura terrible, fruto de nuestra vida nómada. La permanencia en Balaklava se redujo al tiempo indispensable para las escursiones de los naturalistas, y para la visita que hicimos juntos á las ruinas de la fortificación genovesa.

La montaña donde están esas murallas y esas torres cuyos restos son todavía imponentes, es tan escarpada y tiene una inclinación tan rápida, que no se comprende qué partido podía sacar esa fortaleza de la defensa de un circuito de muralla que no cubría la plaza. Los principales edificios construidos en la cumbre parecían suficientemente asegurados por la naturaleza misma del terreno: la muralla es vertical por la parte del mar, y hacia el interior del puerto tiene un acceso difícilísimo por una angosta senda. Hemos examinado muchas de esas torres, y entre ellas la que domina todas esas ruinas contiene una vasta cisterna en donde hay todavía acueductos de barro cocido. Es necesario mucho valor para subir á esa formidable cima; pero cuando se ha llegado á ella, se disfruta un vasto y magnífico punto de vista, de que forman todo un costado el mar, las pardas rocas que circuyen la bahía y el tortuoso canal del puerto. Al Norte se

estienen las tierras cultivadas por los griegos y una larga serie de redondeados peñascos que se escalonan hasta un horizonte muy lejano. En una torre que se levanta á media subida, se descubre un toseo bajorelieve colocado á grande altura. Uno de los compartimientos está ocupado por un pez, emblema que confirma la etimología tábara, y completan la escultura dos figuras de ángeles, una cruz y una inscripción borrada. El suelo de la fortaleza está lleno de peñascos en desorden. Las frecuentes tempestades que braman en esa altura, sin duda los han dejado desnudos en los últimos siglos, porque no es presumible que semejante fortaleza no contuviese por lo menos un espacio de bastante extensión para formar las tropas que la guarnecían. Este primer monumento de los genoveses, bien que muy singular, nos ha hecho concebir sin embargo, una alta idea de los trabajos ejecutados por ese potente pueblo á fin de asegurar una colonización que ha dejado en la Crimea tantos y tan grandes vestigios.

La noche que pasamos en Balaklava era abrasadora hasta tal punto que muchos de nosotros nos tendimos al aire libre en un pequeño patio cuyas derruidas paredes dejaban paso libre á los perros vagabundos.

Hacia la tarde del día 25 teníamos caballos táta-ros traídos de bastante lejos y una pequeña carreta cubierta, en la que colocamos lo mejor que se pudo á nuestro enfermo. En esta disposición nos dirigimos hacia el Norte para ir á pasar la noche en el pueblo de Varnutka, que está en medio de los bosques; mas la caravana detenida por el carro que no podía seguir sino al paso, se dispersó muy luego, y llegada la noche y con ella una lluvia, no tuvimos mas guía que el ruido de los caballos. Atravesábamos grandes bosques que cubren un espacio en que hay profundas quebradas. La oscuridad era á cada paso mas densa, y cuando hacia las diez de la noche nos apeamos en el patio de una casa tábara en el pueblo de Kutchuk-Muscomia, hallamos en falta tres compañeros. Algunos tábaros hicieron en el bosque una larga batida para encontrarlos, y al fin lo consiguieron en el momento en que perdidos en un soto sin salida se habian determinado á disparar algunos tiros para indicar el sitio en que se hallaban. Los buenos tábaros se acercaron no sin temor á personas cuyos apuros se anunciaban con tanto ruido; mas al fin se decidieron á traerlos. Reunidos todos nos tendimos en el suelo de una estancia en que nuestros pobres huéspedes habian amontonado el grano de su abundante cosecha. Era el

cuarto muy bajo de techo, y recibia la luz por dos angostísimas ventanas, sin vidrios y cerradas con barrotes, al uso de los tábaros, que al llegar el invierno reemplazan con papel los vidrios que no existen. En honor nuestro, los huéspedes encendieron algunas ramas secas en la chimenea, y se acurrucaron cerca de esa improvisada lumbre, sin dejar la pipa ni la conversacion que nosotros habiamos interrumpido. El divan de algunas pulgadas de alto, que daba vuelta á la estancia, estaba cubierto con una alfombra de piel de vaca, y habia en una viga algunos libros, que eran un Koran impreso y otro manuscrito que no quisieron vendernos por ningun precio.

Al asomar el día siguiente encontramos nuestras dóciles cabalgaduras, que segun estilo del pais, habiamos dejado cargadas y con brida y todo, para que buscasen acá y acullá su alimento. Esos pobres animales no abusaron de su libertad, sino que los hallamos medianamente mojados, y dispuestos á cuanto quisiéramos exigir de ellos. Despues de recorrer un pais bien arreglado, en que habia bosques, collados, cultivo, y que recordaba los apacibles y fértiles sitios de algunos puntos de alemania, llegamos á Varnutka.

Rematábanse las faenas de la siega, y en todas

partes veíamos los caballos dar vueltas por la éra para separar el grano, mientras en otro lugar los hombres lo aventaban con palas. En el bosque inmediato á Varnutka, y bajo la sombra de los árboles, acababa de construirse un hospital de madera destinado á los enfermos de la oftalmia tan frecuente en Sebastopol. Muchos de ellos habian llegado á esa morada saludable, en donde la pureza del aire, la falta del polvo, y sobre todo, el espectáculo de tanto verdor, deben contribuir muy eficazmente á su curacion.

Por esas magníficas sendas, que se pierden bajo la sombra de árboles seculares llegamos á Baidar, pueblo habitado por tátaros, y que dá su nombre á un valle muy estenso y perpendicular á las altas montañas de la costa. Es ese valle célebre en Crimea por un género de hermosura severa que debe á la grandeza y á la majestad de las líneas de las montañas, entre las cuales se halla encajonado.

Esta vez teníamos medios para invocar la hospitalidad de los tátaros. Habiendo llamado nuestro guía al Ombachi, ó gefe municipal del pueblo, corrió éste al momento y nos señaló una casa, de la cual tomamos posesion, ocupándonos desde luego de la comida que necesitábamos de veras, y cuya costa hicieron el arroz que teníamos y la leche que

nos procuramos. Los huéspedes nos proporcionaron con gusto, fuego y utensilios: no vimos ni una mujer, porque la llegada de extranjeros es la señal de reclusion para esas tímidas musulmanas que no estiman bastante defensa contra los ojos profanos el tupido vélo con que se cubren.

Hay en el valle de Baidar once pueblos, y cuando se ha comenzado á subir la montaña para acercarse á la costa, se ven todos agrupados en medio de sus recintos de planteles, dominados por las redondas copas de nogales enormes, y por el severo verdor de las mas hermosas encinas de la Crimea. En este valle tiene nacimiento el riachuelo Tchornaia-Ketchka que están aguardando las conchas de Sebastopol, y al cual los tátaros conocen con el nombre de Kaselitzen. Contra la usanza de los musulmanes los tátaros tienen aquí los cementerios sin sombra y sin yerba, en alguna árida y pedregosa ladera, y el único indicio de las sepulturas es una piedra llana plantada sobre la huesa.

Dando caza á pájaros tan abundantes como montaraces subimos las pendientes de Yaila, para ganar esa imponente barrera y bajar otra vez á la costa. En el costado del Norte, que con mucha fatiga íbamos escalando, el pais es salvaje, y la vegetacion robusta y mal tratada, atestigua sus terribles

combates contra el destructor soplo de los vientos. En la cima de la montaña nos dejó inmóviles de admiración un espléndido cuadro que era el anfiteatro de Laspi, iluminado por los rayos ya oblicuos del sol: allí había peñas de un dibujo maravilloso, brillantes de luz y de un vapor caliente que coronaban una vasta media luna de verdura y vegetación espesa, la cual, bajando hasta una legua de distancia, iba á morir en una playa de arena blanca. Mas allá de la playa que, como un espejo, reflejaba esas maravillas, alzábase la mar, á la cual los rayos del sol cubrían de resplandores.

En la pendiente de ese hermoso valle de Laspi, al que descendíamos por una senda cómoda y cubierta de sombra, encontramos dos casitas blancas, en cuyos alrededores se echaba de ver un cultivo bien entendido y que tapizaba las pendientes circunvecinas. Dos franceses hermanos habitaban en ese retiro y dirigían los trabajos agrícolas de una tierra, ó de una *economía*, según en el país se llama, cuyo propietario es el general francés M. Potier.

El mayor de los dos hermanos es cabeza de una numerosa familia. M. Compère, alumno de esa brillante escuela politécnica, que ha dado á la ciencia tan famosos intérpretes, ocupa los largos días de su

soledad cultivando aún sus estudios predilectos, y educando una familia de ocho hijos á quienes ninguna influencia exterior puede distraer de su sábia enseñanza. Los trabajos agrónomos de esa austera comunidad corren principalmente á cargo del hermano menor. Aunque llegamos cual desconocidos, y al cerrar la noche, con todo el estruendo de caballos, bagaje y escolta, fuimos recibidos en esa modesta casa como amigos antiguos, y al cabo de pocos momentos era de ver la pura y expansiva alegría que animaba el rostro algo melancólico del amo.

Ponia á nuestra disposición todos los tesoros de sus perseverantes investigaciones, todos los frutos de su soledad amarga: sus ricos herbarios, sus minerales, sus fósiles; todo era nuestro, si cupiera en nosotros abusar de la generosa ternura que en su ánimo despertaba la vista de algunos compatriotas que comprendían su método de vida, sus estudios y los consuelos procurados por la ciencia. Las veinticuatro horas de reposo que allí pasamos nos hicieron mucho bien, y al cabo de ellas dejamos á esos huéspedes con la pesadumbre que causa siempre una separación, cuyo término no puede calcularse.

El camino seguido hasta Laspi conserva todavía vestigios del paso de la grande emperatriz Catali-